

EXILIO Y REPRESENTACIONES PATRIÓTICAS EN *EL AÑO QUE VIENE ESTAMOS EN CUBA* DE GUSTAVO PÉREZ-FIRMAT

Georges Moukouti Onguédou

EXILE AND PATRIOTIC REPRESENTATIONS IN GUSTAVO PÉREZ FIRMAT'S *EL AÑO QUE VIENE ESTAMOS EN CUBA*¹

Abstract: Exile is the fact that someone leaves his country, voluntarily or involuntarily. In the case of involuntary exile (which is our concern here), some coercive forces oblige a person to abandon his homeland and seek refuge or asylum in another country. Exile is seen as expulsion or forced departure from the fatherland as one of the defining principles of the phenomenon of exile. This implies the persecution of a person for political or religious reasons. Exile, therefore, becomes an allegory of the socio-political history of the expatriate's country and personal and collective memory, whereas the lost homeland becomes the focus of disputes and spatio-mental, spatiotemporal, and cultural representations. This is actually what happens in the autobiographical chronicle *El año que viene estamos en Cuba* (1997), by the Cuban-American Gustavo Pérez-Firmat – this is the translation by the author himself of the English original *Next year in Cuba*, published in 1994; his family were forced to leave their native Cuba for the US in 1960, following the violent changes to political institutions driven by Fidel Castro after the triumph of the Revolution in 1959. In this paper, the ideas and images that denote and connote the emotional ties of the expatriate with his country are highlighted. How, consciously or unconsciously, some exiles in particular are corroded by nostalgia and strongly tempted by their homeland is also observed. As the writer put it himself, exile is “mutilation” or traumatic separation. Therefore a person who lives in such a situation constantly attempts to recover that missing part of himself, hence the reconstruction of the discourse about the lost homeland.

Keywords: United States; Cuba; exile; patriotism; representations.

Resumen: Exiliarse, voluntaria o involuntariamente, es expatriarse o desterrarse. En su forma involuntaria (que es la que nos interesa aquí) suele haber fuerzas coercitivas que obligan a una persona a dejar su patria para buscar refugio o asilo en otro país. Ascunce ve precisamente la expulsión, el distanciamiento forzoso de la casa o tierra del padre como unos de los principios definitorios del fenómeno exiliar. Este supone una persecución de una persona por razones políticas o religiosas y, desde luego, el exilio se convierte en alegoría de la historia sociopolítica del país del exiliado y memoria personal y colectiva mientras que la patria perdida se transforma en objeto de conflictos y representaciones espacio-mentales, espaciotemporales y culturales. Es efectivamente lo que pasa en la crónica autobiográfica *El año que viene estamos en Cuba* (1997) del cubano-estadounidense Gustavo Pérez-Firmat, cuya familia se ve obligada a salir de su Cuba natal para los EE. UU. en 1960, a raíz de los cambios violentos impulsados por Fidel Castro en las instituciones políticas después del triunfo de la Revolución en 1959. En este trabajo, queremos destacar las ideas y las imágenes que denotan y connotan vínculos afectivos del exiliado con su patria y ver cómo, consciente o inconscientemente, algunos

¹ Se trata de la traducción por el propio autor de *Next year in Cuba*, original en inglés publicado en 1994.

exiliados en particular son corroidos por la nostalgia y las vehementes tentaciones hacia su tierra natal. Como el exilio es, según el propio autor, «una mutilación» o separación traumática, el que se encuentra en esta situación tiende constantemente a recuperar parte de sí que echa en falta, la nación que le falta o que le hace falta; de ahí, la reconstrucción de la discursividad sobre la patria perdida.

Palabras clave: Cuba; Estados Unidos; exilio; patriotismo; representaciones.

1. Introducción

Dentro del panorama literario hispano de los Estados Unidos², *El año que viene estamos en Cuba* (1997) encaja como literatura hispana de exilio. Esta obra es una crónica autobiográfica cuyos capítulos relatan el deseo de Gustavo Pérez-Firmat de «descubrir o inventar un lugar donde plantar[se]» para luego «poner fin a muchos años de vaivenes y vacilaciones» (i). Se trata del exilio, este patrimonio nacional para los cubanos³, considerado aquí como el lugar donde vive Gustavo Pérez-Firmat (Estados Unidos) y el tiempo que pasa allí (durante la larga dictadura castrista). En efecto, en 1960 (a los once años), tras el triunfo de la Revolución Castrista, sus padres decidieron irse de Cuba «[¿] porque Fidel era comunista, [...] porque ellos no querían que sus hijos fueran adoctrinados, [...] porque intervinieron el almacén, [...] porque congelaron las cuentas bancarias, [...] porque podríamos hacerlo, [...] porque todo el mundo se iba [?]

(85). Aunque sin conocer las verdaderas razones, Gustavo llegó a los Estados Unidos con sus padres y sus hermanos, y treinta y cuatro años después, se considera ya «muy viejo para ser completamente americano, pero demasiado joven para ser puramente cubano» (iii). Sus vaivenes espacio-mentales y espacio-temporales caracterizan su vida entre Estados Unidos (lugar, o sea donde vive) y Cuba (hogar, o donde ya no podría vivir). A pesar de encontrarse ahora en un país que le ha brindado muchas oportunidades, Gustavo no deja de representarse su patria (Cuba), y «después de tantos años en Estados Unidos, me resulta difícil imaginar una vida al margen de la cultura norteamericana y del inglés. Sin embargo, Cuba no deja de ser mi patria, mi lugar más mío, el que más ha moldeado mis creencias y querencias» (iii). De ahí, en filigrana, el mito del eterno retorno y el amor a la patria, la resistencia a la asimilación cultural y el apego

² Para un amplio conocimiento del panorama literario hispano de los Estados Unidos, véase Nicolás Kanellos (2002; 2003). En sus antologías, se hace una recopilación de la diversa producción literaria de los hispanos y se desarrollan las grandes trayectorias de esta literatura hispana. Destacamos tres tendencias fundamentales: la literatura hispana nativa, la literatura hispana de inmigración y la literatura hispana de exilio. En esta última tendencia, encontramos acontecimientos sociopolíticos tales como las revoluciones, las guerras y las dictaduras como catalizadoras del exilio y de las obsesiones temáticas de los escritores del exilio. Por ejemplo, la recurrencia a la dictadura del dominicano Rafael Leonidas Trujillo Molina entre 1930 y 1961 es destacable en Julia Álvarez (2007) y Junot Díaz (2008).

³ De las palabras del propio Gustavo Pérez-Firmat, el exilio es para los cubanos, «casi un patrimonio nacional. José Martí vivió en Nueva York casi tantos años como en Cuba. El primer presidente de la República, Don Tomás Estreda Palma, vivió más de veinte años en Estados Unidos (¿donde se ganaba la vida como maestro de español!)» (86). Eso deja pensar que Cuba, al igual que muchos países del mundo hispánico, tiene una tradición de dictaduras, las cuales contribuyeron, en cierta medida, a expulsar a parte de la población hacia los Estados Unidos u otros lugares: Francisco Franco en España, Augusto Pinochet en Chile, Juan Domingo Perón en Argentina, Rafael Leonidas Trujillo Molina en la República Dominicana, etc. En el mismo contexto cubano, además de Fidel Castro, otros «temibles dictadores» (Gerardo Machado o Fulgencio Batista Zaldívar) expatriaron a sus compatriotas. En la obra del cubano-estadounidense Óscar Hijuelos (1991), aprendemos por ejemplo que tres hermanas «habían abandonado Cuba durante los años cuarenta porque detestaban al dictador Batista y su gobierno. Batista era el culpable indirecto de la muerte de su hermano, un juez que se oponía públicamente al dictador [...] Resentidas por su muerte y hostigadas por el gobierno, las tres hermanas migraron a Nueva York» (42).

a la lengua española, la re-creación de Cuba o la cubanización del espacio como manifestaciones del patriotismo.

2. El mito del eterno retorno y el amor a la patria

Cuando hablamos aquí del mito del eterno retorno, no aludimos a la «rebelión contra el tiempo concreto, histórico» ni a la «nostalgia de un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes, al Tiempo Magno» (Eliade 2008: 9), sino a las constantes preocupaciones del exiliado o del inmigrante orientadas hacia su pasado y su patria. El que se encuentra en esta situación piensa regresar si cambian las cosas en su país de origen. Se imagina cada vez en un proceso de retorno a su país natal, como nos sugiere el título *El año que viene estamos en Cuba*. Corroídos por las circunstancias, los exiliados –como algunos inmigrantes– sufren la nostalgia de su país natal, o sea de sus orígenes.

Los primeros años de residencia de Gustavo en Estados Unidos fueron momentos de inestabilidad psicológica. Su anhelo de regresar a su Cuba natal ya se manifestaba en una de las imágenes que programan su psicológico don de ubicuidad. En efecto, saliendo de Cuba con sus padres, mientras se adentraba el *ferry* en alta mar, Gustavo iba identificando a un niño, de su edad y aparentemente de buena familia, que le decía adiós desde el muelle. El protagonista empezó entonces a fantasear, imaginando que estaba habitando dos lugares a la vez (el *ferry* y el muelle), como más tarde se verá en Estados Unidos y en Cuba a la vez. Además de remitir al don de ubicuidad, esta imagen proyecta también los recuerdos que Gustavo tiene de su vida habanera: una familia acomodada, una vida llena de promesas y cuyo destino o futuro cambió el exilio, ya que de niño soñaba con ser marinero en su país o seguir los pasos de su padre en el almacén. Desafortunadamente, «el exilio es una mutilación. El exiliado abandona no sólo su patria y sus posesiones sino parte de sí. Sobre todo si es muy joven, pues entonces se destierra antes de alcanzar una identidad duradera y estable [...] el exiliado padece la ausencia de esa parte de sí que dejó atrás» (5). Y si anhela regresar, es precisamente porque sueña con lo que era, con lo que estaba por ser y a veces con lo que tenía.

En una situación semejante está su padre que, aunque ahora viejo –salió de Cuba en 1960 a los cuarenta años–, «de cierta manera, nunca abandonó la isla [...] sueña con un regreso irrealizable, porque más que regreso es retroceso» (xiii). Durante los primeros meses en Miami, la familia vivía sin planes, porque pensaba que iba a regresar pronto. Soñaba con una posible derrota del ejército de Castro y una intervención del Presidente Kennedy por parte de los Estados Unidos, pero no fue así. Así que la supuesta estancia provisional miamense se iba haciendo muy larga, convirtiéndose en pesadilla para el padre. Curiosamente, este, después de treinta y tantos años en Miami, nunca quiso hacerse estadounidense. Por despecho, nunca se planteó solicitar la nacionalidad estadounidense:

Mi padre nunca será americano, y no le hablen de solicitar la ciudadanía, porque se enfada. A pesar de que dentro de unos años va a haber vivido más tiempo en Miami que en Marianao, sigue tan poco asimilado ahora como ese día de octubre de 1960 cuando se bajó del *ferry* en cayo Hueso. Puede ser «residente permanente» de Estados Unidos, pero seguirá siendo ciudadano eterno de Cuba (xii).

Gustavo el padre, eternamente cubano, como fue su propio padre, Pepe, eternamente español. Aunque este abuelo que llegó a la Isla a los trece años –tras la crisis económica y moral que se produjo en España por la pérdida de Cuba (9)– hizo fortuna en Cuba,

murió en 1954 sin renunciar a su ciudadanía española. Gustavo el padre, que siempre piensa en sus posesiones, en su negocio, en el almacén, esta «enorme estructura [...] que ocupaba casi una manzana» (10), no quiere desgastar la herencia familiar quedándose en Estados Unidos. La nostalgia lo devasta cada vez que piensa en la vida que su familia y él llevaban en Cuba, una vida privilegiada, acomodada, con el almacén que prosperaba, con su dormitorio que paradójicamente igualaba toda su casa en el exilio; pero una vida que cambió la Revolución Castrista tras la cual se confiscó el almacén, se congelaron las cuentas bancarias y otras propiedades de la familia pasaron a manos del gobierno.

Si bien uno quiere imponerse un embargo mental sobre sus recuerdos como lo quiso hacer el protagonista respecto de Cuba, al suspender este embargo, vuelve a recordar las actividades diarias en su casa, cómo era su casa, dónde se ubicaba, etc. Gustavo Pérez-Firmat ahora no solo las pertenencias que perdieron, sino también los honores que recibían cuando los trataban los criados. Finalmente, aunque no lo quiera, termina recordando siempre su infancia habanera, considerándose «un exiliado político» cuyo «patriotismo prescindía de la memoria, como si uno pudiera mantenerse fiel a un país que no se conoce o recuerda» (25). Obviamente, Gustavo se da cuenta de que su infancia y su pasado cubanos impactan sustancialmente en su vida estadounidense. Por eso, confiesa:

Me he demorado demasiados años en aprender que hay continuidades que trascienden tiempo y lugar y lenguaje. Soy quien fui: el niño cubano es el padre del hombre americano. No puedo entenderme si no respeto a ese niño, si no le devuelvo el lugar que le corresponde. No es cuestión de eliminar ambigüedades sino de abarcarlas. No es cuestión de reducir fracciones sino de integrarlas [...] Aunque ahora comprendo por qué deseché mi pasado, fue un error pensar que no me hacía falta el muchacho que había sido. La casa y los carros desaparecieron, pero el niño que vivió y montó en ellos no desapareció [...] Ese niño en el muelle no es un fantasma. Todo lo contrario: es mi yo más mío. No tenía por qué decirle adiós (25).

Estas palabras de Gustavo que suenan a confesión parecen traducir su arrepentimiento al intentar desprenderse de este trozo de su vida transcurrida en Cuba; casi lo mismo que cuando se propuso «abstenerse de pronunciar el dulce nombre», «aguantar un mes entero sin nombrar a Cuba», para «ver si lograba olvidar[se] un poco de [su] condición de exiliado». Pero, este embargo sobre sus pensamientos hacia su tierra natal se hizo efímero porque, al intentar enterrar a Cuba, la añoró en seguida: «¡ay! Mi Cuba» (Pérez-Firmat 2000: 199).

3. La resistencia a la asimilación cultural y el apego a la lengua española

La asimilación cultural es el proceso por el cual un grupo minoritario, tal el cubano, adopta los patrones de conducta de un grupo mayoritario o de la cultura receptora y acaba por ser absorbido por este grupo mayoritario (Jary y Jary 1991). En este contexto, la asimilación cultural es sinónimo de absorción de la cultura del Otro. En la teoría asimilacionista, el único que debe adaptarse es el que no forma parte de la *main stream*. La asimilación cultural puede obedecer al interés y a la necesidad de uno de adaptarse a la sociedad de acogida, y también al supuesto de que, una vez asimilado, podría vivir, como piensan Malgesini y Jiménez (1997: 37-38), sin discriminación y en igualdad de condiciones con los de la *main stream*. En lo que atañe a la convivencia de matrimonios mixtos, por ejemplo, puede haber una asimilación recíproca.

A partir de estas consideraciones generales, es posible notar que en *El año que viene estamos en Cuba*, Gustavo Pérez-Firmat, al igual que su padre, se resiste a asimilarse a la

cultura y sociedad norteamericanas. El protagonista-narrador considera algunas ventajas –la libertad, por ejemplo– solo como «compensaciones del exilio» (34) en Estados Unidos. Aunque este país le brindó muchas oportunidades, siempre había manifestado su orgullo hacia su patria (Cuba).

Como ilustración, Gustavo se niega a jurar lealtad a la bandera estadounidense en la Dade Elementary (colegio) donde hasta fue castigado por guardar siempre silencio durante el juramento, porque «por muy americano que yo fuera para otras cosas, no estaba dispuesto a jurar lealtad a la bandera de otro país [...] respondí que no podía jurar lealtad a los Estados Unidos, puesto que yo era cubano» (34). Al final, terminó mostrando solo gratitud y respeto por este país manteniendo la mano en el corazón, como lo haría luego en Durham Athletic Park durante el partido de beisbol, en Carolina del Norte. Más tarde, se niega a votar, aunque ya ciudadano estadounidense, en las elecciones locales y presidenciales.

En lo que tiene que ver con la cultura propiamente dicha, Gustavo Pérez-Firmat siente orgullo hacia la de sus orígenes. En el colegio, a pesar de que las cosas ocurrían en inglés, él y sus paisanos solían terminar con acento, sabor y ritmo cubanos. Al respecto, relata:

Aunque muchos cubanos usaban apodos americanos –Gus (Pérez), Alex (Rey), Willie (Díaz), Charlie (Castillo), Joe (Martínez), Manny (Álvarez)– hablábamos español entre nosotros y nos considerábamos insobornablemente cubanos. A la vez que absorbíamos la cultura norteamericana, tendíamos a cubanizarnos (45).

Asistimos entonces a un proceso de doble faceta que Ilán Stavans (1999: 21) valora como «la hispanización de los Estados Unidos y la anglosajonización de los hispánicos», y que puede sopesarse aquí como cubanización de los Estados Unidos y anglosajonización de los cubanos. Gustavo y algunos de sus compatriotas, aunque la cultura norteamericana los iba absorbiendo –naturalmente–, hacían un esfuerzo por apegarse a las tradiciones cubanas; hablaban español y gritaban a lo cubano. De su apego al español se trata cuando hace la diferencia entre esta lengua materna suya que aprecia y el inglés:

Aun hoy en día considero el inglés un idioma mudo, un sánscrito, un arabesco de sonidos sin voz: más lenguaje que lengua. Para mí, el español es un tejido de voces – vibra al ténpano; pero el inglés me susurra en el oído interno, sus palabras y cadencias componen una melodía muda. Si mi vida dependiera de una frase, la redactaría en inglés. Pero cuando tengo que darles voz a mis pensamientos silenciosos, cuando me desplazo de la página al podio, me siento más cómodo en mi lengua materna. A pesar de los años que llevo hablando inglés, a menudo las frases inglesas se me pegan a la lengua como si fueran chicle. Pero en español no hay trabalenguas que me trabe. Si mi vida dependiera de una frase hablada, optaría por pronunciarla en español (31).

Su apego al español se observa también en la auto traducción de *Next Year in Cuba*, la versión original de este corpus. Para el propio Gustavo Pérez-Firmat, traducir él mismo este libro al español corresponde a:

[...] un acto de fidelidad y traición. Traición no sólo porque se escribió originalmente en inglés, sino porque se escribió hacia el inglés [...] Además de ser un vehículo, un idioma es también un lugar, y redactar este libro primero en inglés fue una manera de hurgar y hallar a la vez [...] También sucede, sin embargo, que verter el libro al español es restituirlo a su idioma natal y a su cultura de origen. Y es así porque al salir en busca de un lugar en Estados Unidos, me he encontrado con Cuba (i).

La traducción al español de este libro simboliza entonces un retorno, es decir, un intento de regreso a Cuba, hacia su pasado. Con todo, estos vaivenes geográficos, espirituales y culturales corresponden a una aspiración del protagonista a resistir a una eventual asimilación a la cultura norteamericana.

4. La re-creación de Cuba o la cubanización del espacio

El patriotismo en *El año que viene estamos en Cuba* también se manifiesta a través del espacio. Se trata de la re-creación de Cuba en el exilio o de la cubanización del espacio del exiliado, dado que este «vive de la sustitución, se nutre de lo que le falta» (58). Al alejarse físicamente de La Habana, los cubanos se construyeron una copia de la capital cubana en Miami: La Pequeña Habana, y particularmente en la Calle Ocho, «institucionalmente completa». En efecto, allí «uno podía llegar al mundo en un hospital cubano y despedirse del mundo en una funeraria cubana» (58). Lo que había en Miami (La Pequeña Habana) tenía sus raíces en Cuba, por lo que esta ciudad podía considerarse una prolongación de la capital de Cuba: el sabor, el ritmo, el sonido, los dibujos. La Pequeña Habana se convirtió entonces en sucedáneo y alternativa: se re-crearon el prestigioso colegio para hijos burgueses cubanos (Belén) que cerró sus puertas en Cuba pero renació en Miami en la Calle Ocho, la agencia de carros Buick, las funerarias Rivero y Caballero, los restaurantes el Centro Vasco, el Carmelo, Casablanca, La Esquina de Tejas, las estaciones de radio como Radio Progreso o el parque del dominó y el monumento a los veteranos de Playa Girón.

A medida que transcurrían los años, los exiliados cubanos iban adueñándose de la ciudad miamense, convirtiéndola en la «capital del exilio» (50). A falta de cubanizarse, los nombres de lugares se hispanizaban: South West se transformó en «Sagüesera», North West en «Norgüesera», Miami Beach en «la playa» y Key Biscayne en «el Cano». La Pequeña Habana, al igual que La Habana, son los dos hogares de Gustavo. El primero fue creado en imitación del segundo. El primero es un hogar restituido por la ilusión, la imaginación, y el segundo, un hogar constituido por la realidad. Es posible que para Gustavo no haya regreso a La Habana de Cuba, pero al menos hay regreso para él a La Pequeña Habana en Miami, representación de la vida habanera de la Isla, con:

[...] gente y ambiente. Hombres y mujeres que sienten y hablan como yo, que no se sorprenden de mi anticastrismo y no se asustan al ver dos tabacos en el bolsillo de la camisa. En Miami no tengo que deletrear mi nombre, ni explicar mis chistes, ni disimular mis sentimientos (65).

A Miami los cubanos como Gustavo regresaban para vivir «varios días de cubanía y cubaneo» que «daban varios meses de inmunidad contra el virus de la asimilación» y se daban así «inyecciones de cubanicilina» (183).

El legado y el pasado de la familia Pérez se recrean con el restaurante «La Habana Vieja». Este restaurante le recuerda al padre Gustavo su almacén: las esquinas Paula y San Ignacio están, tanto en Miami como en la capital cubana, cerca del restaurante. Además, este restaurante «modelo en miniatura del corazón colonial de la capital cubana – una pequeñísima Habana» (69) sirve platos típicos de Cuba, y el cubano que entra allí tiene la ilusión de estar en su país sin necesidad de hacer un viaje físico. La misma ilusión se nutre con las Nochebuenas cubanas en Miami, puesto que recordarlas es añorar la vida en Cuba:

[...] la Nochebuena solía darnos la oportunidad de celebrar y afianzar nuestros lazos con Cuba. Al brindar con la frase «El año que viene estamos en Cuba», consumíamos el cocktail de nostalgia y esperanza que caracterizaban la fiesta, ya que las Nochebuenas de ayer eran nuestra garantía para las Nochebuenas de mañana. Durante esas buenas noches, todo recordaba a Cuba – la gente, la comida, la música, las costumbres (126).

Luego, ya en Chapell Hill (Carolina del Norte), Gustavo Pérez-Firmat intentó cubanizar su casa, con un decorado, unos pósters y unas fotografías que remitían a Cuba. Quería

que su «casa fuese un pedacito de Cuba –o de Miami– en Chapell Hill». Cubanizó «hasta el nombre del pueblo, al que le decía “La Loma de Chaple”». Su casa «era una esquineta habanera, un museo de cubanidad, un invernadero para habaneros transplantados» (178). Incluso en su despacho, tenía un mapa de Cuba en la pared.

De todo lo que precede, se puede notar la fuerza de la memoria, individual o colectiva, histórica o cultural, que alimenta la trama gracias a los múltiples recuerdos y recordatorios a los que alude Gustavo Pérez-Firmat; el legado habanero que dejó atrás y sobre el que fantasea, los sueños y ensueños que vivifican sus experiencias como cubano desterrado, obviamente porque «recordar es vivir» (i). Todo ello suscita tensiones binarias (ayer/hoy, allá/aquí, español/inglés) cuya discursividad tiende a ser un «arco en el instante de disparar la flecha hacia un blanco que aún no se alcanza» (Muñiz-Huberman 2006: 345). Como crónica autobiográfica, asistimos a una recuperación de la memoria personal feliz partiendo de la infancia transcurrida en La Habana; de la memoria colectiva traumática basada en la historia colectiva de los exiliados e inmigrantes cubanos en Estados Unidos y del propio exilio como patrimonio histórico y nacional cubano. Para seguir nutriendo su patriotismo, la memoria, vínculo entre pasado y presente y entre allí (país de origen) y aquí (país de acogida), permite a Gustavo Pérez-Firmat reconciliarse con sí mismo y aceptar definitivamente su doble pertenencia, su doble identidad, de concierto con Mertz-Baumgartner (1999). En efecto:

L'expérience de l'exil comporte toujours une prise de conscience qui re-voit, re-lit, retravaille, re-pense et re-écrit constamment le passé. Il s'agit d'un processus de « re-membering », d'un réassemblage de fragments et de traces antérieurs à l'occasion d'une situation actuelle d'urgence grâce à la puissance de la mémoire. La mémoire devient ainsi une charnière entre présent et passé, entre pays d'accueil et pays d'origine, le symbole par excellence de la migration qui permet le voyage virtuel entre deux temps et deux espaces en construisant une identité migrante qui « n'en est pas une » (Mertz-Baumgartner 1999: 76).

Como en la mayoría de las obras de escritores latinoamericanos del exilio, en particular, y de las escrituras del exilio, en general, «las metáforas del desarraigo y de la memoria» hacen de los sujetos exiliados, aves sin nido y, según términos de Mertz-Baumgartner y Pfeiffer (2005), aves de paso, movidos por un sentimiento de no pertenencia a ningún lugar (exiliado y en proceso de desexilio, expatriado pero también en constante deseo de regreso); una condición de hibridez cultural. En sustancia, la memoria convierte al exiliado en alma errante «quien ha perdido o abandonado el abrigo de su patria y de su idioma. Residir en el exilio es sobrevivir a la intemperie, exponerse a los rigores de un tiempo ajeno. El exiliado busca un techo que lo ampare del tiempo» (Pérez-Firmat 2000a: 19).

5. Conclusiones

Los vaivenes espacio-mentales y espacio-temporales de Gustavo Pérez-Firmat son sintomáticos de una vida a caballo entre dos mundos y dos culturas: la vida en el «hyphen» (Pérez-Firmat 2000b), consecuencia del exilio. El protagonista de *El año que viene estamos en Cuba* afirma su pertenencia a Cuba y a Estados Unidos. Para él, «en lugar de fundir Cuba y Estados Unidos», oscila «sin cesar entre el uno y el otro»; su «vida no es síntesis sino vaivén» (201). El primero (Cuba) es su patria y el segundo (Estados Unidos), su país. Al hablar de Cuba como su patria, nos remite a su ascendencia y a su lugar de origen. Pero al hablar de Estados Unidos como su país, alude al lugar de residencia, al pueblo donde lo pueden localizar. Cuba es la tierra que lo vio nacer pero Estados Unidos, su

tierra de acogida en el exilio y que lo vio crecer. En consecuencia, estamos ante una situación de doble personalidad del sujeto exiliado atrapado entre «disyunción o dislexia» lingüística (Pérez-Firmat 2000a), entre «soy cubano, soy americano» (iii), entre sus «vínculos cubanos y sus lazos con Estados Unidos», entre el «demasiado cubano para ser americano pero demasiado americano para ser otra cosa» (197). En este contexto en que «yo y you y tú y two» se rozan asonánticamente, el protagonista parece estar consciente de la duplicidad de su personalidad. Admite al respecto:

A menudo me hago la idea de que tengo dos personalidades. Una en Chapell Hill y otra en Miami; una dentro de la clase y otra fuera de ella; una cuando escribo en inglés para mis colegas y otra cuando hablo en español con mis padres y amigos. Cambiante como el camaleón, variable como la veleta, soy «Gus» o «Gustavo», «Pérez» o «Prez». A la vez new age y medio tiempo: un americano precavido que merienda yogurt sin grasa y un cubano improvisado que se embute de pastelitos y fuma tabacos. Esos dos hombres no parecen la misma persona, pero lo son, pero lo soy (197-198).

Esta doble personalidad o identidad puede resumirse en un enfrentamiento entre sus nombres, entre Estados Unidos (país) y Cuba (patria), dos espacios distintos que lo definen y donde se ubica a la vez, entre Chapell Hill (lugar) y Miami (hogar), entre el ayer (pasado cubano) y el hoy (presente estadounidense), entre dos lenguas (el inglés y el español), etc. Hablando, por ejemplo, de este último caso de enfrentamiento, estamos ante una suma de dicotomías en torno a lengua e identidad y cultura e identidad; lo cual justifica de cierto modo los vaivenes geográficos (una lengua y un lenguaje remiten a un lugar) y espirituales en la vida del protagonista-narrador-autor.

Con más de treinta años en el exilio a la hora de escribir esta obra, Gustavo ya no se plantea regresar físicamente a Cuba, y «tal vez el único regreso sea hacia dentro, y no hacia atrás» (198). La relación que Gustavo sigue manteniendo con Cuba, después de tanto tiempo fuera, parece filial, como la que existe entre un hijo y sus padres. Y este tipo de relación, pese a todos los altibajos que pueda sufrir, no se deshace completamente. Al contrario, la relación que mantiene con Estados Unidos es como la de uno con su pareja, pues puede dejar de amarla. La patria se ha convertido no solamente en un vínculo con el pasado para este eterno exiliado, sino también en su presente y su futuro:

Soy quien fui, irremediamente. Podré cambiar ciertos rasgos, pero no puedo rehacerme. Nadie nace de viejo. El hábito hace al monstruo. The mania makes the man [...] En eso sí que me parezco bastante a mi padre. Al contrario de lo que pensé alguna vez, la identidad de una persona no depende de los cuadros que cuelgan de sus paredes, de la mujer u hombre que comparte su cama, de la comida que sirve en su mesa o de los árboles que contempla a través de sus ventanas. Puesto que Cuba es mi pasado, es también mi presente y mi futuro. Vivir como exiliado en Estados Unidos puede ser una bendición o una maldición, pero no es una elección. La asimilación es una alternativa sólo para aquellos que ya están asimilados (196).

Gustavo Pérez-Firmat reconoce entonces que su identidad no depende de lo que hace, sino de lo que es. No se considera asimilado. Después de tanta espera, Gustavo ha perdido la esperanza de volver a Cuba, porque desde su salida de la Isla hasta el momento en que escribe este libro, Castro no ha dimitido ni ha sido derrocado, tampoco ha muerto; al contrario, sigue allí vivo como un tronco. Ahora que ha decidido quedarse y hacerse ciudadano estadounidense, ahora que reside y trabaja en Estados Unidos, debe ejercer sus derechos y cumplir con sus deberes como ciudadano de este país. Sin embargo, para

ciertas actitudes de lealtad, manifestarlas hacia los Estados Unidos sería traicionarse a sí mismo, a su padre e, inherentemente, a su patria.

Con todo, si bien parece haber decidido vivir y hacer su vida en Estados Unidos, sigue nutriendo su lealtad hacia su patria, pese a no tener opciones de regreso. Continúa encarnando una doble personalidad: una en Chapel Hill (adonde se mudó y donde vive con su mujer y sus dos hijos) y la otra en Miami (este manantial adonde va dos o tres veces al año y de donde regresa con más recuerdos y recordatorios de su patria); la de interlocutor en inglés con sus colegas y la otra en español con sus familiares, «Gus» y «Gustavo». Pero parece haberse alejado de Miami y de La Pequeña Habana porque, de quedarse en este lugar, se arraigaría, sin posibilidad de deshacerse de esta ilusión de regresar un día a La Habana de su niñez. En este caso, viviría estancado en el pasado en vez de estar mirando hacia adelante.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, Julia (2007), *De cómo las muchachas García perdieron su acento*, Madrid: Punto de Lectura.
- ASCUNCE, José Ángel (2007), «Los exilios en el exilio vasco», in: JATO, Mónica et al. (eds.), *España en la encrucijada de 1939. Exilio, cultura e identidades*, Bilbao: Universidad de Deusto.
- BOCCHINO, Adriana (2006), «Exilio y desafío teórico: cuando la escritura hace lugar al autor», *Orbis Tertius: Revista de Teoría y Crítica Literaria*, 11(12).
http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.217/pr.217.pdf.
- DÍAZ, Junot (2008), *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao*, Nueva York: Vintage Español.
- ELIADE, Mircea (2008), *El mito del eterno retorno*, Madrid: Alianza Editorial.
- HIJUELOS, Óscar (1991), *Nuestra casa en el fin del mundo*, Madrid: Ediciones Siruela.
- JARY, David – JARY, Julia (1991), *Dictionary of Sociology*, Harper-Collins Publishers.
- KANELLOS, Nicolás (ed.) (2002), *En otra voz. Antología de la literatura hispana de los Estados Unidos*, Houston: Arte Público Press.
- KANELLOS, Nicolás (ed.) (2003), *Hispanic Literature of the United States. A Comprehensive Reference*, Connecticut: Greenwood Press.
- MALGESINI, Graciela – JIMÉNEZ, Carlos (1997), *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*, Madrid: La Cueva del Oso.
- MERTZ-BAUMGARTNER, Birgit (1999), «Le rôle de la mémoire chez quelques écrivaines algériennes de l'autre rive», in: BONN, Charles (dir.), *Algérie : Nouvelles écritures*, Paris: L'Harmattan.
- MERTZ-BAUMGARTNER, Birgit – PFEIFFER, Erna (eds.) (2005), *Aves de paso. Autores Latinoamericanos entre exilio y transculturación (1970-2002)*, Innsbruck: Vervuert.
- MUÑIZ-HUBERMAN, Angelina (2006), «Edmond Jabès: exilio, palabra, memoria», *CAUCE, Revista Internacional de Filología y su Didáctica* 29, 335-345 [Centro Virtual Cervantes].
- PÉREZ-FIRMAT, Gustavo (1997), *El año que viene estamos en Cuba*, Houston: Arte Público Press [traducción al español del propio autor].
- PÉREZ-FIRMAT, Gustavo (2000a), *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio*, Miami: Ediciones Universal.
- PÉREZ-FIRMAT, Gustavo (2000b), *Vidas en vilo. La cultura cubanoamericana*, Madrid: Editorial Colibrí [traducción al español del propio autor].

STAVANS, Ilán (1999), *La condición hispánica: reflexiones sobre cultura e identidad en los Estados Unidos*, México: Fondo de Cultura Económica.

Georges Moukouti Onguédou
Departamento de Lenguas Extranjeras
Escuela Normal Superior
Universidad de Maroua
B.P. 55 Maroua
Camerún

moukouti@yahoo.fr